

## CULTURA

## El amor por la alta cocina y los mesones de carretera

Ignacio Peyró, director del Instituto Cervantes en Londres, publica 'Comimos y bebimos', una celebración de la vida

RAFA DE MIGUEL. **Londres** Ignacio Peyró ha decidido escribir un libro que es una declaración de amor a sus padres y un acto inofensivo de rebeldía contra la humildad que quisieron transmitirle frente a uno de los placeres de su vida: la comida. "Fui educado en la idea de que de comida no se habla. Te la dan, te la comes, la agradeces y punto. Por eso, en este libro he querido vencer también ese prejuicio, el de que la cocina sea algo práctico que no se valora en exceso. Como si estuviera feo hablar de ella".

Peyró (Madrid, 1980) ha publicado *Comimos y bebimos* (Libros del Asteroide) con buenas críticas. Salta desde las primeras líneas la calidad de una pequeña obra que pretende ser un homenaje a la familia, a los amigos, a la celebración de una vida interesante y plena "en un mundo conversable".

Actualmente, dirige el Instituto Cervantes en Londres, y en su cabeza bullen proyectos para dar a conocer al público inglés a

al dictado moral o estético de un nuevo gurú. Aunque, a la vez, respeto mucho todo lo que la nueva cocina tiene de vanguardia, de novedad", cuenta.

Peyró nació con corbata. Con sentido común y con mucha empatía hacia el prójimo. Sus primeros pasos como periodista político le llevaron a la crónica sosegada, y durante años ha escrito para el gabinete de Presidencia de La Moncloa. Con la humildad de quien es consciente de que no escribe para sí mismo ni para que le lean, sino que debe ponerse en la cabeza y en el tono de alguien distinto a él para que le escuche el mayor número posible de personas. Por eso, su libro es una escapada interior en busca de la educación sentimental de un chaval madrileño que se quedaba embobado en el escaparate de L'Hardy y soñaba, algún día, con comer en los mejores restaurantes. Hasta que, poco a poco, descubrió que la felicidad también se puede encontrar en una estación de servicio o en uno de los incontables



Ignacio Peyró, en Londres. / R. DE M.

los poetas y escritores españoles menos universales, y para promocionar lo mejor y más brillante de la cultura española actual. Sin apriorismos ni distinciones. Porque su libro *Pompa y circunstancia. Diccionario sentimental de la cultura inglesa* (Periplos) es de lectura obligada para todos aquellos que quieran sumergirse en ese extraño y fascinante país que es Reino Unido.

"Me defino como un conservador abierto o un tradicionalista curioso", explica Peyró, siempre trajeado, siempre atento, ante un humilde *rissotto* de conejo estofado en la penumbra de un *pub* inglés que invita a no dejar de hablar durante toda la tarde. "Como me dijo una vez Pedro Larumbe, la cocina es mordor. Las espumas y los aires están muy bien de aperitivo, pero luego quieres un plato. Necesitas mordor. Yo voy a los restaurantes a disfrutar, no a someterme

"asadores Don Pelayo" que pueblan la meseta castellana. "La cocina manchega, por ejemplo, me encanta. Me parece muy curiosa, muy precolombina, sin apenas patatas", se recrea.

Bucea con éxito en la mejor tradición periodística-culinaria de los Luján, Pla o Camba. Y lo mismo ofrece una disertación sobre *La vida de Samuel Johnson*, de James Boswell, que deslumbra con su conocimiento de los vinos franceses, su nostalgia por las excursiones a Toledo de la infancia madrileña, la sensualidad de Barcelona o el esplendor de París.

"Yo no he ido a 180 restaurantes con estrella Michelin", precisa. "En primer lugar porque yo, por lo general, tengo que pagar por lo que me como. Y eso te obliga a ser un poco astuto para sacar el máximo beneficio". Y de eso trata su libro: de sacar a la vida el máximo beneficio.

## MÚSICA



Dani Martín, quien versionó *Las cuatro y diez*, en un momento del concierto. / JUANJO MARTÍN (EFE)

## El alma de Aute en la voz de sus ilustres admiradores

FERNANDO NEIRA, **Madrid** No hay muchas cosas mejores que las grandes canciones de Aute, pero entre las excepciones habremos de consignar el amor que esas mismas páginas alienan. Lo comprobamos anoche en el WiZink Center madrileño, donde no se dirimió tanto un concierto de homenaje como un acto colectivo de devoción. No es hipérbolo: contamos con el aval de casi 12.000 testigos. Y se irán sumando muchos miles más, puesto que este tributo colectivo que anoche vivió su estreno, *¡Ánimo, animal!*, visitará a principios del próximo año Barcelona y Valencia antes de hacer las Américas.

A estas alturas, la obra de Luis Eduardo Aute hermana como no hay manera de que nos hermane casi nada en este país. Y es que apenas hay ejemplos de sensualidad, hondura e integridad poética como los que nos ha venido brindando durante cinco décadas este animal de la canción y sus derivados, desde la pintura a la escultura o la cinematografía.

"Cuánta gente, ¡será que le queremos!", resumió con elocuencia Ana Belén, una más en la cualificadísima nómina de admiradores que repasaron ayer algunas de sus partituras más frecuentadas. Ella afrontó *De paso* con convicción y rotundidad tales como para que los ecos llegaran a oídos, ¡ojalá!, del propio firmante del tema, que reside a pocas manzanas del pabellón.

A Luis Eduardo le paralizó un infarto severo el 8 de agosto de 2016, al regreso de un concierto en Huelva. Permaneció en coma durante un mes y medio y desde entonces se ha embarcado en la lucha diaria de la

El concierto abre un tributo colectivo al artista, convalciente desde 2016

"Cuánta gente, ¡será que le queremos!", resumió Ana Belén con elocuencia

Ante Sabina, Serrat y Silvio solo cabía un silencio en forma de reverencia

lenta mejoría. Seguro que el aliento colectivo contribuirá en esa dirección, porque las energías desparramadas anoche no pueden desvanecerse sin más, sino transformarse —¿no dicen eso las leyes de la física?— en un gigantesco abrazo sanador. "Si me dedico a esto es por culpa de Luis Eduardo. ¡Yo debería estar en primera fila!", se sinceró, por ejemplo, el cantautor ferrolano Andrés Suárez antes de dar cuenta de *Volver a verte*.

Hubo muchos momentos impactantes en una noche no solo sentida, sino muy bien planificada, sin apenas pausas entre artistas y con sorpresas como la estruendosa irrupción de los tambores de Calanda por los pasillos centrales de la pista. Pero lo mejor fue constatar el mimo con que los amigos redimensionaban algunas de esas más de 500 canciones que llevan la firma de Eduardo.

Dani Martín se ganó para siempre la credibilidad adulta con una versión muy desnuda y emotiva de *Las cuatro y diez*, un Ismael Serrano con chupa de cuero negro brasileñizó con gracia *Mira que eres canalla*, Miguel Poveda desentrañó el carácter flamenco de *Prefero amar* y Jorge Drexler supo sacar punta al trasfondo pícaro y juguetón de *Slo-wly*. A Rozalén se le saltaban las lágrimas antes incluso de abordar *La belleza*. Pero pocos hubo como Víctor Manuel (*Sin tu latido*) para sonar a sí mismo sin que el tributo perdiera significado.

Y entre medias, claro, los emblemas. Rosa León recuperó su mirada de *Al alba* —también la cantaría José Mercé— dejando que las gradas se desgañitaran con un estrillido que no es solo construcción melódica, sino significante de una época y un compromiso. Massiel se reencontró con *Rosas en el mar*, que ella misma hizo popular hace la friolera de 52 años. Y aún faltaba la avalancha definitiva, esa triple S sustancial (Sabina, Serrat, Silvio) ante la que solo cabría un silencio en forma de reverencia.

Rodríguez rescató la oda más pasmosa al onanismo, *Dentro*, igual que Joan Manuel brindaba su trémolo a *De alguna manera*. Y Joaquín, que regresaba al lugar de los hechos (esa inoportuna afonía de junio), refrendó su arte endecasílabo ("Decir Aute es decir pasión en vena") antes de aular con *Quién es Cain, quién es Abel* su retorno a la óptima voz de lija. Pero para refrendo, el de la atemporalidad de un repertorio de grandeza ciclópica. "El alma que te anima, animal del alma, es amortal", escribió Aute, y nada tan *amortal* como su escritura.